



CURIA GENERALIZIA DELLA COMPAGNIA DI GESÙ

Roma, 5 de marzo de 2025

Queridos amigos y amigas de Fe y Alegría,

En este año jubilar, deseo felicitarles al cumplir 70 años de un camino educativo verdaderamente popular y transformador. Mi vida como jesuita ha estado marcada por el dinamismo apostólico de Fe y Alegría. Su mismo nombre siempre me resuena a Evangelio. Como el Papa Francisco nos recuerda constantemente: la alegría transformadora de la Buena Nueva que renueva corazones y transforma realidades. Con especial gratitud, a nombre mío y de toda la Compañía, quiero celebrar junto a ustedes este 70º aniversario.

Quiero dirigirme a toda la familia educativa de Fe y Alegría presente hoy día en tantos lugares de nuestro mundo: a su alumnado, sus docentes, las religiosas y religiosos, los equipos directivos, el personal nacional e internacional, las familias y comunidades, las instituciones colaboradoras, los ministerios de educación y los millones de exalumnos y exalumnas. Me extiendo en este agradecimiento que va para cada una y cada uno de ustedes, desde las aulas y los centros comunitarios hasta las oficinas, villas y aldeas. Ustedes son el verdadero motivo de esta acción de gracias, recordando aquel 5 de marzo de 1955 cuando el Padre Vélaz, junto con un grupo de universitarios, dio inicio a las primeras clases de Fe y Alegría en el segundo piso de la casa cedida por Abraham y Patricia Reyes, en el popular barrio de Catia, Caracas.

Celebro que esta semilla, esta chispa, haya abierto caminos tan fecundos y que ustedes son protagonistas y testigos del poder transformador de la educación: 70 años de un proyecto educativo popular que genera oportunidades, dignifica vidas y fortalece comunidades. Como también nos recuerda el Papa Francisco: *“Educar es siempre un acto de esperanza”*, y esa esperanza se encarna en cada niño, niña y comunidad tocada por Fe y Alegría, haciendo realidad el mensaje de su himno: *“Construimos unidos la esperanza de Dios”*. Hoy celebramos que esta obra es, verdaderamente, fruto de la acción de Dios y obra suya.

La fortaleza de Fe y Alegría radica en su identidad como movimiento educativo global que nace y se enraíza en lo local. Desde sus inicios en Venezuela, respondió a las comunidades más excluidas y, en pocas décadas, extendió sus raíces a la mayoría de los países de América Latina, consolidando su misión de llevar la educación hasta *“donde termina el asfalto”*. La creación de la Federación Internacional permitió que el movimiento siguiera creciendo en Europa, África y Asia, incorporando cada vez más proyectos educativos populares que se suman a este esfuerzo colectivo por una educación de calidad para las poblaciones más vulnerables.



Este crecimiento no ha sido solo geográfico, sino también en cada uno de sus diversos servicios y áreas. De la educación básica regular a la alternativa y especial, de la educación inicial a la educación a lo largo de la vida, Fe y Alegría ofrece un camino educativo integral.

La labor de tantas congregaciones religiosas ha sido un factor fundamental en este caminar colaborativo. Hoy, además, se ha fortalecido más el trabajo articulado con los Estados y sus Ministerios de Educación, y ha crecido la colaboración y articulación con otras Redes y Obras educativas de la Compañía de Jesús, y las alianzas con numerosas empresas y organizaciones sociales comprometidas con garantizar una educación de calidad para todos.

Mantener vivo el dinamismo fundacional es clave para seguir irradiando la vitalidad del movimiento. Fe y Alegría nació de la indignación ante la injusticia educativa, y de la urgencia de abrir el acceso a la educación a todas y todos. Este compromiso, desde la fe que reclama la justicia, sigue vigente de cara a las crisis actuales: millones de niños, niñas y adolescentes sin acceso a la educación, infraestructuras escolares deficientes, brechas educativas que se agrandan y el avance de modelos privatizadores o de control total por el Estado.

El movimiento debe seguir despertando conciencia denunciando estas realidades y trabajando por una educación digna que incluya a todos. Aprovecho para expresarles mi cercanía y solidaridad a las Fe y Alegrías que hoy enfrentan contextos de crisis social, económica y política. Les pido que mantengan vivo este compromiso que, a la manera de Jesús, une inseparablemente la **Fe y Justicia**. Compromiso de **estar y permanecer en las Fronteras**. Es allí que la Iglesia y la Compañía de Jesús les necesitan. Compromiso que es además y por eso mismo, un compromiso de Reconciliación en un mundo marcado por tantas divisiones, abusos y desigualdades.

Ustedes son testigos activos del creciente reconocimiento de la educación como un derecho fundamental y un motor de transformación personal y social. Este compromiso se refleja en las Preferencias Apostólicas Universales de la Compañía de Jesús, en el Pacto Educativo Global impulsado por el Papa Francisco y en los marcos internacionales de desarrollo sostenible que orientan su trabajo, evidenciando la importancia de unir esfuerzos en esta causa común.

En este contexto desafiante, Fe y Alegría, como movimiento de educación popular y promoción social, se construye desde la experiencia y la sabiduría de cada comunidad y junto con ella. Su propuesta educativa no solo busca el desarrollo integral de la persona, sino también impulsar un proyecto de vida basado en el servicio, la ciudadanía responsable, la equidad de género, el cuidado de las personas y de la Casa Común. La participación activa de las familias y comunidades es clave para alcanzar este propósito, haciendo que la educación sea un verdadero acto de encuentro y transformación.



Como decía el padre Vélaz: *“La educación de los pobres no debe ser una pobre educación”*. Ojalá que este aniversario sea una oportunidad para seguir asegurando y fortaleciendo esta calidad educativa integral para los excluidos. De renovar así su compromiso con la Misión y el seguimiento de Jesús pobre y humilde, caminando junto a los más vulnerables y sembrando esperanza a través de una educación para la libertad, la dignidad, la trascendencia y la vida plena.

Esta propuesta de educación liberadora y transformadora —contextualizada, éticamente comprometida con los más pobres y con una clara intencionalidad socio-política— se ha consolidado como la red internacional de educación de calidad para los sectores populares más significativa que la Compañía de Jesús, en colaboración con numerosas congregaciones religiosas, ofrece a la Iglesia y al mundo. A lo largo de estos 70 años, la Educación Popular se ha convertido en un apostolado esencial de la Compañía de Jesús, con una contribución única a la misión de la Iglesia. Nuestras redes de colegios y universidades se complementan y enriquecen con la presencia de Fe y Alegría y el Servicio Jesuita a Refugiados. Con ustedes hemos aprendido a repensar nuestros modelos educativos desde su profunda vocación transformadora y en servicio de las y los más excluidos. Por su parte la colaboración entre las diversas Obras educativas de la Compañía enriquece a Fe y Alegría con sus propias experiencias de innovación pedagógica, favoreciendo mutuamente un sentido creciente de cuerpo en una misión común.

Quiero destacar también la valiosa contribución de Fe y Alegría al defender la educación como un bien público y derecho universal. Esta convicción, presente desde su fundación, les convierte a ustedes en una levadura transformadora dentro de los sistemas educativos públicos, dialogando con los Estados como garantes de este derecho y colaborando con diversos actores para mejorar la calidad educativa de los sectores populares. Gracias por ser una organización de Iglesia comprometida con lo público y por contribuir —junto con el resto de la sociedad civil— a la construcción de un bien común que se concreta en una educación integral, generadora de una humanidad más justa y solidaria.

Su modo de proceder, abierto y colaborativo, con la participación de todas y todos, les convierte en una red de comunidades comprometidas con el derecho a la educación. Por esto Fe y Alegría es un movimiento de educación popular y no una multinacional. Su Federación internacional es un espacio vivo y dinámico donde el Espíritu sopla este modo de ser Iglesia del Vaticano II, promoviendo el trabajo conjunto con más de 130 congregaciones religiosas, y haciéndose presente en las fronteras eclesiales junto a los más vulnerables. Esta colaboración es un signo elocuente de la acción del Espíritu que les hace ser una red sinodal, diversa y multicultural. La educación es, por naturaleza, un



esfuerzo colectivo, y la sinergia entre el laicado y las y los religiosos, fortalece su impacto y su capacidad transformadora.

He tenido la gracia de caminar junto a Fe y Alegría por los barrios de Caracas, de toda Venezuela, los países de América Latina, de participar en los encuentros internacionales donde se teje la red de esperanza del movimiento y de ser testigo del florecimiento de su misión en África y Asia-Pacífico. Desde ese cariño y admiración, siento el llamado, en este 70 aniversario, a compartirles algunas reflexiones que considero esenciales para nuestra misión común. Más allá de celebrar nuestra rica identidad e historia —que, sin duda, merece ser honrada— este momento nos invita a una renovación profunda y a una adaptación creativa del movimiento. Estamos llamados a reconocer igualmente nuestras limitaciones y nuestros puntos a crecer. Así podremos responder con audacia y esperanza a los desafíos del futuro, reconociendo que cada reto es una oportunidad para profundizar nuestra misión de transformación social a través de la educación.

Fe y Alegría está llamada a evolucionar en su modelo educativo para trascender las fronteras físicas y digitales, preservando la esencia transformadora de la educación popular. El desafío radica en formar ciudadanos críticos, comprometidos y coherentes en un mundo donde la tecnología y el interés individual reconfiguran las relaciones sociales, económicas y políticas.

El crecimiento internacional plantea la necesidad de adaptar la estructura federativa a un modelo más ágil, capaz de integrar la diversidad cultural, lingüística y pedagógica de las nuevas realidades en África, Asia y otras regiones. Este desafío requiere repensar, re-imaginar y ahondar su relación con la Compañía de Jesús y otras congregaciones, estableciendo mecanismos de toma de decisiones que equilibren la autonomía local con la cohesión global, para responder de manera rápida y eficiente a los contextos cambiantes sin perder su misión esencial.

Como actor internacional, Fe y Alegría debe aportar su experiencia y reflexión en los espacios donde se define la educación a nivel global. Es fundamental fortalecer su incidencia, especialmente en países con sistemas educativos más frágiles, explorando nuevos escenarios internacionales y desarrollando estrategias innovadoras de comunicación y relaciones institucionales.

Siguiendo la reflexión del P. Kolvenbach, el verdadero valor de Fe y Alegría se refleja en la huella que deja en sus exalumnos. El desafío consiste en evaluar y potenciar sistemáticamente este impacto en sus egresados analizando cómo viven los valores recibidos y contribuyen a transformar sus comunidades. Un estudio riguroso de seguimiento permitiría validar y ajustar el modelo educativo para maximizar su potencial transformador.



Fe y Alegría posee un potencial único como laboratorio de innovación pedagógica. Su capacidad de convocar y articular diversas organizaciones, junto con su experiencia en sistematización de prácticas exitosas, le permite desarrollar modelos educativos replicables. El reto es fortalecer esta faceta innovadora, documentarla rigurosamente y compartirla para ampliar su impacto más allá de sus fronteras institucionales.

Les invito a seguir fortaleciendo su articulación con las demás Redes educativas y Obras de la Compañía de Jesús. Además, como aporte significativo de la Iglesia a la educación pública, Fe y Alegría debe colaborar con la educación privada católica y otros sistemas educativos para reducir las brechas de calidad y oportunidad. En contextos donde la educación perpetúa la segregación, el movimiento tiene la responsabilidad de desarrollar y compartir experiencias inclusivas, basadas en la equidad y la dignidad humana.

Desde sus inicios, Fe y Alegría ha formado ciudadanos conscientes de sus derechos y responsabilidades. Hoy, este compromiso se amplía hacia una ciudadanía global que integre la ecología integral, la movilidad humana y los desafíos globales. La misión es preparar a las nuevas generaciones para comprender y responder a estos retos desde una perspectiva crítica, solidaria y comprometida.

No olvidar nunca que la fuerza de Fe y Alegría está en su Identidad (Vida-Misión). En los contextos culturales y religiosos más diversos deberemos saber compartir nuestro carisma y espiritualidad, formando y empoderando a todas y a todos en este discernir y poner en práctica el Amor transformador y Reconciliador que guía y sostiene lo que somos y lo que hacemos, al modo de Jesús de Nazaret.

Gracias, Fe y Alegría, y felicidades por el camino recorrido. Les agradezco especialmente en mi nombre y el de la Compañía de Jesús por ayudarnos —como Iglesia— a caminar junto a los pobres y los descartados de este mundo, y les aplaudo por su invaluable labor de acompañamiento a la juventud, clave para la construcción de un futuro lleno de esperanza, especialmente cuando ese futuro se sueña y se edifica desde los márgenes. Gracias por querer caminar con ellos, discerniendo posibilidades y descubriendo a Dios en las profundidades de la realidad.

Ojalá que como Fe y Alegría continúen siendo un espacio abierto a la creatividad, un lugar sano y seguro donde los jóvenes puedan desarrollar todo su potencial como seres humanos. Un movimiento que abra caminos a la trascendencia, una misión educativa que guíe a las nuevas generaciones a situarse ante el mundo y ante Dios, proyectando su desarrollo personal y social para contribuir a la construcción de un mundo más justo, fraterno y lleno de esperanza.

Ojalá sigan siendo un espacio donde miles de estudiantes encuentren la libertad que nace del reconocimiento, el cuidado y el cultivo de su identidad como hijos e hijas de Dios y donde miles de maestros reavivan su vocación de formar hombres y mujeres para y con



los demás, comprometidos con la transformación de las estructuras injustas, manteniendo siempre la apertura al soplo del Espíritu y la opción preferencial por los más abandonados.

Que María, madre y educadora, siga inspirando nuestro caminar. Que la fe que nos mueve y la alegría que nos caracteriza continúen siendo el motor de su misión educativa transformadora. Que el Espíritu que ha guiado nuestros pasos durante estos 70 años siga animando nuestro compromiso con una educación que libera, dignifica y transforma.

Con gratitud y esperanza,



Arturo Sosa, S.J.
Superior General